

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JULIO—NÚM. 20 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en saldos de comunicaciones, pero solamente de veintate y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

India, division de los indios en castas.—Profeciones industriales, por X.—Medicacion balnearia, por X.
El buen párroco, por J. Lamarque de Novoa.—Aldovrandus Magnus, por E. B.

INDIA.

DIVISION DE LOS INDIOS EN CASTAS.—PROFESIONES INDUSTRIALES.

Designase en Europa con la denominacion de *castas*, las diferentes tribus que componen los pueblos de la India.

La division mas general, y al mismo tiempo mas antigua, es la que los clasifica en cuatro tribus principales. La primera y mas distinguida entre todas es la de los *Brahmas*, á la cual siguen la de los *Rajahs*, de los *Veissiahs* ó directores de agricultura y comercio, y la de los *Sudras* ó trabajadores y esclavos.

Las atribuciones de cada una de las cuatro, son: la de los *Brahmas*, el sacerdocio y sus dife-

rentes ejercicios; la de los *Rajahs*, la profesion militar en todos sus ramos; la de los *Veissiahs*, la agricultura, el comercio y el cuidado de criar los ganados, y últimamente la tribu de los *Sudras* está sometida á una especie de esclavitud.

Cada una de estas cuatro castas se subdivide en otras muchas; pero aquella en que las categorías son mas numerosas es la de los *Sudras*, que forma en cierto modo la masa de la poblacion, y que unida á la casta de los *Pariahs*, equivale á las nueve décimas partes de habitantes.

Como la mayor parte de las profesiones mecánicas, y casi todos los trabajos materiales, se encomiendan á los *Sudras* y como segun las preocupaciones del país ningun indio puede desempeñardos profesiones á la vez, no deberá extrañarse que los numerosos individuos de que se compone esta tribu se compartan en tantas ramas distintas.

Obsérvase, además, en algunos distritos, castas que no se hallan en ninguna otra parte, y que se hacen notar por las estrañas costumbres que le son peculiares; por ejemplo, en *Meissons*, hay una tribu que se denomina de *Monza-Holleula-Mallulou*, en la cual, cuando una madre de familia casa á su hija mayor, se vé obligada á sufrir la amputacion de dos coyunturas en el dedo del medio y en el anular de la mano derecha. Si la madre de la novia ha muerto, la de

novio ó en su defecto el pariente mas cercano debe someterse á esta cruel mutilacion.

Hay además, en los diversos países otra porcion de castas que se distinguen por costumbres no menos bárbaras que las que acabamos de citar.

Algunos sostienen que esta division de castas es la que ha conservado las artes en la India, y que por la misma razon podrian tomar estas el mismo vuelo que en Europa, á no ser por las travas con que tiene que luchar todo el que se dedica á su ejercicio.

Esta perfeccion en las artes se habria alcanzado seguramente en un pueblo tan industrioso como el de los indios, dice el sabio misionero Dubois, si el egoismo de los que le gobiernan no fuese un terrible obstáculo. En efecto, desde el momento en que se tiene noticia de un obrero que se distingue en su profesion, le sacan de su taller por orden del príncipe y le conducen á su palacio, donde le encierran á veces por toda la vida, obligándole á trabajar sin descanso y con una paga muy mezquina. Semejante conducta, adoptada en todos los puntos de la India sometidos á príncipes indígenas, no puede menos que debilitar toda clase de industria y amortiguar toda emulacion. Á esta sola causa se atribuye tambien el estado de atraso en que se hallan las artes entre los indios, con respecto á otros pueblos, á los cuales han precedido en civilizacion por espacio de tantos siglos. No es, pues, ni la industria, ni la agilidad lo que falta á sus obreros. En los establecimientos europeos, en donde se les paga con arreglo á su merito, venen muchos, cuyos trabajos honrarian á los artistas de Europa, sin que, además, necesiten recurrir á ese infinito número de herramientas cuya sola nomenclatura exige un estudio particular. Una ó dos hachas, otras tantas sierras y cepillos, y el todo de especies y formas tan groseras, que ningun europeo sabria sacar partido de él, son casi los únicos instrumentos que se ven en manos de los carpinteros de la India. El obrador ambulante de un platero, consiste, generalmente, en un pequeño yunque, un crisol, dos ó tres martillos pequeños y otras tantas limas; con tan sencillos utensilios, la paciencia de los indios unida á su industria, sabe producir obras que las mas veces no se distinguirían de las que á mucha costa se transportan de los países mas lejanos. ¡A que grado de perfeccion no llegarían estos hombres, si en vez de ser, por decirlo así, discípulos de la simple naturaleza, estuviesen desde su infancia bajo la direccion de hábiles maestros!

Para formar una idea de lo que podrian ade-

lantar los indios en los artes y manufacturas, si su industria natural estuviese protegida como debia, bástenos trasladarnos al obrador de uno de sus tegedores ó de sus pintores de telas, y considerar detenidamente la clase de instrumentos con los cuales elaboran esos chales, esas soberbias muselinas, esas finísimas telas, esos bellos tegidos de seda y lana que ocupan un distinguido lugar entre los primeros artículos de lujo. Para hacer estos magníficos trabajos, usa el artesano tanto de sus piés como de sus manos; además la máquina de torcer y todo el aparato necesario para urdir y trabajar el hilo antes de pasarlo al telar, como todos los demás útiles de que se sirven en el resto de la obra, son tan sencillos y en tan escaso número, que todo ello reunido apenas formaria la carga de un hombre. De modo que nada tiene de extraño el ver á uno de estos obreros cambiar de domicilio y llevar al hombro cuanto necesita para empezar á trabajar en el momento en que llegue á su nueva habitacion.

Las pinturas sobre las telas, que no llaman menos la atencion, se ejecutan por medios igualmente sencillos. Tres ó cuatro estacas de bambú para estirar la tela, el mismo número de pinceles para aplicar los colores, algunos pedazos de vasijas de barro que contienen á estos últimos, y una piedra hueca para molerlos, es sobre poco mas ó menos todo lo que constituye el obrador de esta clase de artistas.

«He oido (dice el misionero Dubois) á personas muy sensatas por otra parte, pero imbuidas aun con las preocupaciones que llevaban de Europa, pronunciar un juicio erróneo á mi modo de ver, sobre la numerosa division de castas entre los indios. Esta division, no solo les parecia inútil para el bien general, sino ridícula y hecha únicamente para oprimir á los pueblos y destruirlos. En cuanto á mí, que tantos años he vivido en medio de los indios, en calidad de amigo, por cuya razon he podido observar de cerca el génio y caracter de estos pueblos, he concebido sobre ese particular, ideas enteramente opuestas. Considero la division de castas como la obra maestra de la legislacion indiana bajo muchos aspectos, y estoy persuadido de que si los pueblos de la India no han caido jamás en un estado de barbarie, y que si supieron comenzar y perfeccionar las artes, las ciencias y la civilizacion, al paso que la mayor parte de las demás naciones yacian en la mas crasa ignorancia, no debieron tan preciosas é inestimables ventajas sino únicamente á la distribucion de castas de sus habitantes.

«A mas de esto, preciso es convenir en que si

los indios no estuviesen contenidos en los límites del deber y de la subordinación por el sistema de la división de las castas y por los reglamentos de policía propios para cada tribu, estos pueblos llegarían á ser en cierto tiempo lo que los Pariahs y quizá peores; toda la nación caería indispensablemente en la mas deplorable anarquía, y antes de la estinción de la generación actual, ese país tan civilizado podría contarse en el número de los mas bárbaros que existen sobre la tierra.»

X.

MEDICACION BALNEARIA (1).

Sean baños de agua dulce, de mar ó minerales, no deben usarse sin previo consejo del médico, pues por más que la rutina ha establecido una práctica vulgar con tan delicada medicación, no es ese motivo suficiente para que pueda prescindirse de lo racional y lo lógico.

Los baños de agua dulce, frios ó templados, sirven generalmente para limpiar el cuerpo y moderar hasta cierto punto los excesos de calor. Pero como sucede en Madrid, v. gr., casi todos llegan al baño sofocados y sudosos, toman el baño y vuelven á salir para su casa, llegando á ella como si tal baño hubiesen tomado.

Conviene, por lo tanto, al que no pueda ir al baño en carruaje, que sería lo mejor, que vaya sin sofocarse, evitando los rayos del sol y descansando lo menos un cuarto de hora antes de entrar en el agua, y haciendo lo mismo al regresar á su casa, pues solo así podrá serle el baño provechoso cuando se halle indicado.

Por regla general, después del baño es conveniente tomar una horchata de almendras dulces ligerísimamente enebriada ó un caldo en buena sazón.

El baño de mar, que casi siempre es medicinal, como regularmente hay que hacer un viaje para emplearlo, se necesitan muchas precauciones y que la indicación de su uso este bien determinada.

El baño del mar restablece las fuerzas, lo mismo que cura ó alivia el escrofulismo y raquitismo.

(1) Del excelente libro publicado por el Sr. Lopez de la Vega, «La higiene del hogar.»

mo de los niños, mejora y extingue muchas veces los flujos de la mujer y sirve para combatir otra porción de males, para los que la naturaleza parece indicar á la simple consideración que el agua salada obra maravillas y restaura las fuerzas perdidas.

No conviene alejarse mucho de la playa, ni entrar en el agua si hace frío ó mucha ventisca, procurando al mismo tiempo que las vías digestivas se hallen en buen estado y haya pasado algun tiempo después de comer.

No se deben tomar muchos baños de mar en un día, como hacen algunos, ni entrar con miedo en el agua, ni salir de ella sin meter la cabeza en el baño para que este sea por igual.

La alimentación en la época del baño de mar tiene que ser moderada, pero nutritiva, sin abusar de las frutas y bebidas espirituosas, café y otras cosas que el buen sentido aconseja usar con parquedad.

Respecto de las aguas minerales, sean férricas sulfurosas, nitrogenadas ó ácido-carbónicas, necesario es aconsejarse con detenimiento, antes de lanzarse á ellas, sin que por ningún pretexto determine el enfermo de por sí el uso de su administración.

La justa fama de las aguas minerales, en infinidad de males, especialmente crónicos, está justificada por la experiencia sucesiva de sus efectos, de los cuales no es posible hacer caso omiso; toda vez que está consignado en respetables declaraciones de médicos y enfermos.

Pero no se crea que nueve ó mas días son suficientes para la curación de algunas enfermedades; no solo es preciso muchas veces estar mas tiempo en el balneario, sino que tambien es indispensable volver otro y otro año; mas siempre con dirección facultativa y sin apartarse jamás de los consejos del médico.

Las aguas férricas son tónicas y reconstituyentes; las sulfurosas anti-herpéticas y curativas de otros vicios de la sangre, segun su composición y calidad de los males; las ácido-carbónicas combaten los males del estómago y orina, y las nitrogenadas las del pecho.

Las gaseosas pueden ser alcalinas y estar indicadas en los males de hígado, cálculos de la vejiga, etc.; pero todas estas particularidades cumple que el médico las explique al enfermo, y no que este, guiado por lecturas incompletas y sin criterio médico, vaya á usar las aguas minerales prescindiendo del consejo facultativo. Por causa de hacerlo así, muchos enfermos sufren fatales desengaños que muy bien podrán evitar.

Es regla fija que el uso de baños y aguas, necesita precauciones y cuidados que contribuyen

á su mejor éxito, Sean, pues, los enfermos dóciles, y no se dejen llevar de rutinas y prácticas vulgares, adoptando la medicacion balnearia siempre con consejo y direccion facultativa, sin entregarse á distracciones inútiles, cuando hagan uso de ella, ni abusar de alimentos y bebidas pues el baño y el uso de las aguas es siempre tratamiento delicado.

Hoy, por regla general, en todos los balnearios hay guía para el bañista, escrita por el médico director, y en ella se consignan los efectos de las aguas y el régimen higiénico que debe el enfermo observar durante su permanencia en el establecimiento.

Respecto de los baños de vapor, de asiento, inhalaciones, etc., que todos estos medios corresponden á la meditacion balnearia, conviene para usarlos aconsejarse con un facultativo, y si se trata de los baños de las casas particulares dedicadas á este servicio, tambien es necesario su consulta,

Los baños de asiento y áun los de placer suelen usarse sin previo consejo de un médico, mas no debe prescindirse de este, á fin de evitar desagradables contingencias.

Honramos las columnas de nuestro periódico insertando la siguiente leyenda, obra del distinguido poeta D. José Lamarque de Novoa. Las bellezas que encierra, la inspiracion, la dulzura y la correccion con que está escrita, justifican la preferencia que la damos, retirando otros originales por el placer de insertarla.

EL BUEN PÁRROCO.

I.

BORLEÑA.

Lector, si cruzaste un dia
la excelente carretera
que, de Santander partiendo,
de Burgos llega á las puertas;
al atravesar al valle
que al Pas fertiliza y riega
y que desde antiguos tiempos

de Torazo el nombre lleva;
de su espléndido paisaje
entre infinitas aldeas,
casi al borde del camino
y á la falda de alta sierra,
ver pudiste una notable
por lo extraña y pintoresca
y por las verdes montañas
que en torno galas le prestan.
Cual la *miruella* del bosque,
entre las ramas espesas
á las miradas ocúltase
del que curioso la observa;
y el geógrafo en el mapa
puede descubrirla apenas
entre la sombra perdida
que sus montes representan.
Pocos son los que conocen
sus recónditas bellezas;
muchos su existencia ignoran;
tiene por nombre *Borleña*.

A su pié y entre altísimas montañas
que de Comple y el Pombo el nombre llevan,
pequeño valle extiéndose risueño
cercado de magnífica arboleda.

En su seno deslízase en estío
manso arroyo de clara transparencia,
que en cenagoso y bullidor torrente
del crudo invierno en el rigor se trueca.

Rústico puente de madera tosca
prestale sombra y burla su fiereza,
y una fuente que nace al pié del monte
gota á gota sus linfas acrecienta.

Allí, bajo los árboles, se extiende
el ancho corro, do en alegre fiesta
danzan las campesinas y los jóvenes
al son del tamboril y panderetas.

Y allá en el fondo y dominando el cuadro
destácase la torre de la iglesia,
que entre el bosque mostrándose parece
de aquel lugar gigante centinela.

Este pequeño pueblo, el diminuto
valle, que altivas las montañas cercan;
la iglesia, el puente, el murmurante arroyo,
las verdes ramas que las aguas besan,

Las zagalas y jóvenes labriegos
danzando en la amenísima pradera,
fuera asunto en verdad para un idilio
de Gesner digno, el inmortal poeta.

II

LA CRUZ DE PIEDRA.

No lejos del arroyo
toscamente labrada,
modesta cruz de piedra
en el prado se alza.

Breve inscripcion se mira
en sus brazos grabada,
de humilde sacerdote
á la memoria santa.

Al pié silvestre hiedra
sus troncos á ella enlaza,
cual si del rudo tiempo
quisiera resguardarla.

Y estrecho puentecillo,
allí, de piedra basta,
un brazo del arroyo
difícilmente salva.

Pensativo una tarde
ante la cruz me hallaba,
mientras distante oía
rumor de alegre danza.

Y en pensamientos tristes
mi mente se abismaba,
lo frágil comprendiendo
de las dichas humanas.

Mas en breve á mi vista,
de hinojos, pobre anciana
besó la cruz, y luego
murmuró una plegaria.

Comprendió en tal ofrenda
su viva fé mi alma,
asomando á mis ojos

á mi pesar las lágrimas.

Y en el cristiano signo
y en la ofrenda sagrada,
tal vez de oculta historia
adivine una página.

A la anciana acerqueme,
y en corteses palabras
le rogué que aclarase
mi ilusion infundada.

Y contestóme al punto:
—No es la que os asalta,
Señor, fútil sospecha
de mente acalorada;

Que en esa cruz bendita
y en la fuente que mana
tras ese erguido monte,
del Olvido llamada,

De abnegacion sublime,
y al par de dicha y lágrimas,
veráz y humilde historia
se ve simbolizada.»

—Placer grande tendria—
le dije, en escucharla;
por vos narrada fuérame
aun doblemente grata.»

Y benigna accediendo
y afable á mi demanda,
—«sentémonos,—me dijo,—
breve seré al contarla.»

Con frases bien sentidas
la refirió la anciana:
cual la recuerdo ahora
quiero, lector, narrártela.

Y si interés á darle
mi humilde voz no alcanza,
ser pueda el buen deseo
disculpa de mi falta

III

EL PRIMER AMOR.

En esta pobre aldea
feliz y en paz vivia

la tierna Rosalía,
que bella era sin par:
su tez de nieve y rosas,
y blondos sus cabellos,
y eran sus ojos bellos
azules, como el mar.

Aunque al mediar su infancia
perdió á su anciano padre,
Por ella tierna madre
con vivo afán veló.
y al par de su hermosura
crecer su inteligencia
con grata complacencia
feliz la madre vió.

Niña inocente, era,
del valle entre las flores,
Su vida sin dolores
sereno manantial.
amaba como ama
al céfiro la rosa,
que tiembla pudorosa
al beso matinal.

Mas ¡ay! que vino un día
en que el amante ruego
trócase en vivo fuego
aquel naciente ardor.
aun niña miró á Enrique
cual sol de su existencia;
llegó á la adolescencia
creciendo aún mas su amor.

Amor puro y sencillo,
que fué por breves días
venero de alegrías,
del alba el sonreír.
en él la madre anciana,
de gozo el alma llena,
la aurora vió serena
de grato porvenir.

Mas era, aunque asaz pobre,
altivo y fiero Enrique,
y nunca logró dique
poner á su ambicion.
aun mas que en Rosalía
soñaba en las riquezas,
de espléndidas grandezas

gozando en la ilusion.

Llegó una noche inquieto
al lado de su amada,
y así con voz turbada
le dijo y torva faz:
«Bien sabes que te adoro:
mas juzgome en mi estado,
cual siervo, degradado,
no gozo aquí de paz.

Por conseguir mi intento
cruzar pienso los mares,
no temo las azares,
y rico tornaré.
felices al unirnos
seremos ese día:
no llores, Rosalía,
jamás te olvidare.»

Y de ella separándose
con rapidez no usada,
en lágrimas bañada
á la infeliz dejó.
llegó al rayar la aurora
del mar á la ribera,
y en pos de una quimera
á America partió

IV.

ESPERANZAS.

¡Cuán largas para la jóvene
y tristes las horas fueron
tras la inesperada ausencia
de su amante compañero!

Desde la niñez unidos
sus dulces años corrieron...
¿Quién resiste la influencia
de los amores primeros,
si nacieron en la infancia,
si en la juventud crecieron
y fueron un día tras otro
del alma vida y aliento?
Sí, triste quedó la niña
y en mortal desasosiego,
que no hay balsamo que cure
las heridas de su pecho.

Mas es á grandes dolores
la religion un consuelo,
que en vano reemplazar pueden
vulgares razonamientos,
lenitivo á sus pesares
pide el espíritu enfermo;
ávido mira á la tierra
y la tierra es un desierto,
y con vivo afán entonces
vuelve los ojos al cielo,
que solo de allí á sus males
puede venir el remedio.

El buen cura de Borleña,
de sacerdote modelo,
era cariñoso padre
para su sencillo pueblo,
apoyo del desvalido,
del pudiente consejero,
y do quiera que veía
dolores ó sufrimientos,
solicito á remediarlos
él acudía el primero,
que su vida en sacrificio
diera de males ajenos.

Triste vió un día y llorosa
á Rosalía en el templo,
y compadeciéndose de ella,
sus pesares comprendiendo.
y al concluir los deberes
de su santo ministerio,
á reanimar fué aquel alma,
que abatía el sentimiento.

(Continuará.)

J. LAMARQUE DE NOVOA.

ALDOVRANDUS MAGNUS.

(CONTINUACION.)

Margarita lanza un agudo grito y cae sin conocimiento.

Su desmayo desconcierta al viejo mercader, que jamás había visto á su mujer en semejante estado de agitacion. Trata de hacerla volver en sí: pero se dió tan malas trazas que fueron inútiles todos sus esfuerzos. Entonces aquel cuerpo helado y á la vista de aquellos miembros inmóviles y frios, tuvo miedo y llegó á creer que Margarita estaba muerta. Mil siniestros pensamientos asaltaron su imaginacion, un mundo hubiera dado por no haber concebido aquel fatal proyecto, á cuyo golpe tal vez había sucumbido su mujer. Reprendiase espantado su obstinacion inexorable en no ceder á las suplicas de la pobre madre. Ora se encorvaba sobre Margarita, la cogía las manos, derramaba agua sobre su frente y esperaba con ansiedad el resultado de aquellos socorros, ora se levantaba violentamente, renunciaba á sus tentativas inútiles y marchaba con pasos precipitados por el basto salon, acusando alternativamente á Margarita, á su hijo y á sí mismo. Tan pronto volvía donde estaba su mujer, como se separaba de ella sin atreverse á llamar ni á pedir socorro, extraviada casi su razon. Al fin tomó el partido de coger á Margarita en sus brazos, echarla sobre su cama y llamar en seguida á sus camareras. Pero no era empresa facil para un viejo levantar la pesada é inmóvil carga de una mujer tiesa por las convulsiones y tal vez por la muerte. Cubierta la frente de un sudor frio muchas veces intentó poner en ejecucion su proyecto; pero cuando despues de increíbles esfuerzos lograba levantar el cuerpo, se escapaba de sus brazos y volvía á caer sobre las baldosas con un ruido siniestro. En fin, despues de inútiles ensayos que duraron mas de un cuarto de hora, logró su objeto, y encorvado bajo su carga llegaba ya á la alcoba de Margarita cuando se halló de pronto frente á frente con Memlinck. Al aspecto inesperado de su huésped, Aldovrando

dejó caer en tierra á Margarita, que permaneció inmóvil á sus pies con los cabellos esparcidos y como un cadáver. Memlinck dirije alternativamente sus miradas sobre aquel triste objeto y sobre el semblante pálido y descompuesto del viejo: en seguida se inclina sobre la desgraciada mujer, pone la mano sobre su corazón, consulta su respiración por medio de un anillo de oro finísimo que colocó delante de sus labios y conoce que vive todavía. Sin proferir una palabra, levanta fácilmente en sus brazos robustos aquella carga bajo la cual habia sucumbido Aldovrando, y la coloca sobre la cama en una pieza inmediata; en seguida se puso á prodigarla cuidados activos é inteligentes, sin reparar en el viejo que á corta distancia permanecía con la cabeza inclinada y los brazos cruzados, lleno de estupor y como anonadado. Al cabo de algunos minutos un suspiro débil salió del pecho de Margarita. Memlinck cogió de la cintura de la enferma un pito de plata del que hizo salir un agudo silbido que llenó la casa entera. Momentos despues dos mujeres medio vestidas y llenas de terror corrieron á lado de su ama.

Desabrochad una de vosotras el corsé á la señora, dijo Memlinck con tono solemne de médico; entre tanto la otra puede calentar la cama; despues de lo cual la acostareis y cuando todo esté concluido vendreis á avisarnos á la sala.

Las mujeres se dieron tal prisa en ejecutar las órdenes de Memlinck que no tardaron éste y Aldovrando en entrar en la alcoba. Un segundo suspiro se escapó nuevamente del pecho de Margarita, y sus labios quisieron balbucear algunas palabras.

—Antonio! Antonio!

En seguida en medio de un sacudimiento convulsivo, se incorporó de repente, vió á su marido y le alargó los brazos gritando:

—No me separeis de él!

Y cayó desmayada.

Memlinck hizo señas al viejo para que saliera, prescribió á las criadas lo que debian hacer para socorrer á su señora y fué á unirse con Aldovrando en la pieza inmediata.

—Ahora bien, amigo mío, le dijo, aunque no me corresponde mezclarme en vuestros asuntos de familia, quereis decirme que causas han producido tan deplorables resultados? Tened presente que si volveis á esponer á vuestra muger á una crisis semejante, la matareis infaliblemente.

—Sin embargo, replicó Aldovrando con voz inflexible, es menester que ceda, es menester que obedezca.

—¿Pero qué exijir de ella?

—Nada de ella, sino de mi hijo: quiero que parta mañana para Levante á fin de que estudie allí la lengua, á fin de que se ponga al corriente de los asuntos del país; en una palabra, que llegue á ser un corresponsal inteligente y con el tiempo un consocio que me secunde, y reemplace en los cuidados de mi comercio.

—Siendo como sois rico, ¿es por ventura prudente ese partido? En Levante reinan fiebres frecuentemente mortales; vuestro hijo, de una complexión delicada corre gran riesgo de sucumbir á ellas: además no creo yo que su madre, si llega á resistir á su partida, pueda sobrevivir á su muerte. ¿Y por alguna que otra ventaja para vuestro comercio, quereis esponeros á perder todos vuestros vínculos de familia?

—Semejantes reflexiones son fáciles para los que como vos cuentan por millares los florines: pero yo.

—Pero esos millares de florines, como decís, respondió Memlinck con ironía, en vuestra edad, no pueden compararse con el dolor y tal vez la vida de una mujer y de un niño. Escuchad sin embargo. Existen para vuestro hijo y para mi ahijado medios de fortuna muy seguros y menos peligrosos que el comercio.

Precisamente Antonio ha recibido del cielo el don precioso necesario para ser feliz por el mismo camino, por el que Dios ha querido que yo lo sea. Diez y seis años hace que os conozco y en todo este tiempo no me habeis preguntado cual ha sido el origen de mis riquezas, contentándoos con recibir los florines que os enviaba del extranjero para que los hiciéseis valer en vuestro comercio. Viajando siempre y lejos de Brujas, mis dignos compatriotas, ocupados en su tráfico de lana y paños, ignoran que he nacido entre ellos, que gozo en el mundo una gran celebridad y que el duque de Borgoña, el rey de Francia y nuestro santo Padre se disputan la satisfacción de tenerme á su lado en su corte: testimonio y prueba de aquella verdad del Evangelio que *ninguno es profeta en su patria*. Yo me consuelo, trato de consolarme de esa indiferencia de mi país natal, indiferencia que no deja de serme amarga, por que es comun á mis mas íntimos amigos... Pero oigo la voz de vuestra esposa que vuelve de su desmayo. Conclu-yamos. Yo no tengo hijos; conoceis una parte de mi fortuna, y la que no conoceis todavía vale por lo menos el resto.

(Continuará)

E. B.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.